

El copyright o la fuerza del destino

UN lector me escribe, descontento.

He citado —con aire aprobatorio— a tres poetas que dudaban de la santidad de Juan de la Cruz. Demasiado buen poeta para ser santo, decían; un empleo sospechosamente eximio de la palabra para alguien embriagado por el Silencio; los verdaderos místicos balbucean. Esto, en cuanto a los tres poetas. (Plática acaecida en un oscuro restaurante de la calle Reconquista.) Desde aquí, el lector: San Juan no ignoraba lo del balbuceo. Prueba, el verso de su Cántico que dice: “Un no sé qué que queda balbuceando”. Además, era santo. Prueba: fue encarcelado a causa de sus éxitos y levitaciones, y de las palizas que le atizaban los diablos.

Hace unos años, *mister* Lack, el vidente, me contó cómo fue su llamado. Ocurrió en la India. Joven oficial de Su Majestad, iba en un cochecito por un camino de la selva. De pronto el conductor detiene el caballo, se postra en el suelo. Hay otras gentes postradas como él. El oficial, impaciente, hace vibrar una varita que lleva en la mano. “¿Qué ocurre? ¿Qué te has creído?” Explicación: “El *swami* K. (algo como Keshkam) vive en esta selva. Es un santo. A esta hora suele cruzar el sendero”. Rabioso y despectivo, el oficial espera, por curiosidad. El *swami* sale del bosque. Está en éxtasis. Sus ojos reflejan la suprema Alegría. Nada miran, pero al cruzarse con los del oficial le revelan la Nada de su orgullo, de su juventud, del uniforme, del imperio que representa. El *swami*, semidesnudo y esquelético, se internó en la selva. El oficial dejó el ejército y cambió de vida.

Juguemos al Martín Pescador: ¿quién es más santo, el *swami* K. o Juan de la Cruz? ¿El *swami* K. u otros *swamis*, popes, anacoretas, mendigos ni siquiera vistos por ojo ninguno de inglés, de indio o de porteño? Lo mismo da. Poco importa. Ninguna aventura humana es mensurable, y la santidad menos que todas. Juan de la Cruz fue santo reconocido; otros, no.

El reconocimiento por el mundo es una casualidad, una cifra del destino. Nada más.

EN Londres viven Betty y Doris Jones, dueñas de una *boutique* casi desconocida: Sweetie's. Sweetie's lanzó la minifalda dos años antes que Mary Quant. Nadie se enteró.

Nadie las compró. La colección cayó en la nada. Sweetie's, al borde de la quiebra, volvió a la ropa clásica.

En Barracas vive el señor C., traductor del italiano. Publicó excelentes libros en su patria, precursores del renacimiento realista de la literatura italiana de posguerra. Se anticipó a Pratolini, a Vittorini. Pero el reconocimiento del mundo no figuraba en su destino. Tampoco en el de Betty y Doris Jones. ¿Pueden quejarse?

Imaginemos a Galileo Galilei cuando comprendió que la Tierra se movía, que el Sol estaba en el centro del sistema. La intensa felicidad de comprender lo habrá emborrachado por un momento. Después vino lo que sabemos. La gente *in* lo hizo papilla. Lo *in* en aquel tiempo



POR
SARA GALLARDO

eran ortodoxias tan crueles, soberbias y fugitivas como todas las ortodoxias. La inquisición. Fue destruido, encarcelado, obligado a quemar sus obras, a retractarse. *E pur si muove*, dicen que nunca dijo. Lo habrá pensado hasta el minuto de morir. Todos hemos dedicado algún instante de veneración a Galileo Galilei. El *copyright* del sistema heliocéntrico le pertenece. Tardío, el reconocimiento figuraba en su destino.

No en el de Aristarco de Samos, pensativo y barbado, entre los años 320 y 250 antes de Cristo, que comprendió lo de *Si muove* en griego. Y eso que ya es algo el que su nombre nos haya llegado. Pues en *Sobre el cielo*, dice Aristóteles: “Mientras la mayor parte de los físicos considera que la Tierra está

en el centro del mundo, los filósofos llamados pitagóricos son de opinión contraria y afirman que en el centro está el fuego, mientras que la Tierra, que sería uno de los planetas, giraría en torno del centro”. Aquí ya no hay nombres. Tampoco hay nombres de los astrónomos de la antigüedad india, que conocían, sin lugar a dudas (dicen los enterados), el asunto.

NO hablemos de Américo Vesputio, con el *copyright* del descubrimiento de América estampado en la nada. *Copyright* que, en un alarde de justicia histórica, después pasó a Colón. Injustamente, según se sabe ahora. No hablemos de los Robinsones muertos, quemados por los soles de sus islas, de los Sócrates sin Platón, de los Macedonios Fernández sin Borges, de los Maestros sin Evangelios, de los cuatro muchachos de Burzaco que en 1962 formaron un conjunto de flequillos, guitarra eléctrica y baterías, hoy mudos propietarios de una pizzería en Flores.

No mencionemos tampoco el sutil sentimiento de culpa que esta noción inspira, noción generadora de todo monumento al soldado desconocido.

Hablemos de Gutenberg. Año tras año, las revistas infantiles nos lo presentan ornado de barbas violetas y gorro naranja (las tintas de nuestras editoriales son, pese a Gutenberg, arbitrarias). Un matiz azul invadiría su cara avergonzada si supiera, como se sabe hoy, que la primera mención de imprenta en China data del año 255 antes de Cristo. Que su uso se generalizó bajo la dinastía Han. Que los sellos o tipos móviles se fabricaban en toda clase de materiales.

En el año 868 se imprimió el Sutra del Diamante, en Tuen-huang. Su colofón rezaba: “Este libro fue impreso por Wang Kie el 11 de mayo de 868 para ser distribuido gratuitamente a todos, a fin de perpetuar la memoria de sus padres”.

Wang Kie, al menos, tiene quien lo nombre. Una revista de Buenos Aires, América del Sur, eventualmente. Que el piadoso hijo y los piadosos padres descansen en paz.

(Copyright by Confirmado)